
Myriam Jimeno (compiladora)

Conflictos sociales y violencia, notas para una discusión

Memorias del Simposio Conflicto Social en América Latina, Sociedad Antropológica de Colombia, Bogotá, 1993.

El Instituto Francés de Estudios Andinos y la Sociedad Antropológica de Colombia publicaron, con el sugestivo título de **Conflictos sociales y violencia, notas para una discusión**, las memorias del Simposio Conflicto Social en América Latina, evento realizado en el marco del VI Congreso de Antropología en Colombia.

Publicaciones de esta naturaleza le permiten al lector conocer el estado del arte en la materia. Pero en este caso, la compilación hecha por Myriam Jimeno, presenta dos ventajas adicionales: una es la de ofrecer dos puntos de referencia significativos en la experiencia internacional reciente, como son los conflictos étnicos y la lucha insurgente de Sendero Luminoso en el Perú, que contribuyen a enriquecer la reflexión sobre la violencia política en el país; otra, es la de presentar una aproximación multidisciplinaria al análisis de algunas de las formas de violencia presentes en Colombia.

De los trabajos incluidos en la publicación se destacan tres ejes temáticos: los procesos de construcción de identidades colectivas y las formas particulares de expresión de los conflictos que de ello se derivan; la pre-

cariedad del Estado, pensada en términos de la inexistencia de un ámbito de lo público que posibilite el trámite pacífico de los conflictos y haga viable la convivencia en la diversidad y, por último, los procesos de configuración de lo regional como delimitación de un espacio de conflictos.

Los procesos de construcción de identidades colectivas son específicamente abordados en los trabajos del sociólogo alemán Peter Waldmann, "Algunos elementos para desactivar conflictos étnicos" y del antropólogo peruano Carlos Iván Degregori, "Qué difícil es ser Dios".

Waldmann sostiene la tesis de que el ser humano, lejos de estar dispuesto a aceptar a los otros al margen de su raza u origen geográfico, prefiere a los miembros del mismo grupo que a extraños, preferencia que no deriva de prejuicios personales sino de la común vivencia de experiencias e interiorización de normas sociales. "De la misma manera que el asentamiento de una comunidad étnica dentro de una comarca ofrece una serie de ventajas concretas, afirma, también la tendencia de los seres [...] a preferir el contacto y la relación con sus semejantes, al contacto y la relación con

ajenos, debe explicarse primordialmente por sus costumbres sociales, el código cultural y sus intereses materiales". Esta tendencia se encuentra en la base de los conflictos entre comunidades, como ocurre con las etnias. Para Waldmann, la perspectiva futura es la del recrudecimiento de los conflictos étnicos en un mundo caracterizado por la existencia mayoritaria de estados pluriétnicos.

Degregori analiza, a propósito de la experiencia de formación de Sendero Luminoso en el Perú, los mecanismos que condujeron a la configuración de una identidad colectiva política quasi religiosa. Sendero arraigó en una población de jóvenes mestizos estudiantes, que reaccionaron contra un poder tradicional fundado tanto en el monopolio de los medios de producción como del conocimiento, y en la manipulación engañosa de este último. De allí que busque nuevos referentes de identidad basados en un ambivalente proceso de instrucción-sumisión, en el cual la apropiación del saber por la vía de la educación permite romper el monopolio del conocimiento y enfrentar el engaño, a la vez que la apropiación del saber, en la forma de ideología marxista-leninista, genera la sumisión a la organización política y

a su líder. Justamente, el símbolo de ese proceso lo constituye un maestro-instructor, que toma cuerpo en la figura de un profesor universitario mestizo, Abimael Guzmán. Guzmán es el único líder revolucionario, cuyos símbolos son los del maestro y no los del guerrero o dirigente político, destaca Degregori. De allí que el marxismo-leninismo predicado por Sendero, con sus pretensiones de omnipotencia por su supuesta científicidad, se convierta para los senderistas en una visión afectiva que ofrece a sus miembros una fuerte identidad casi religiosa, fundamentalista.

Desde dos perspectivas diferentes, los autores ilustran con el análisis de los procesos de construcción de identidades colectivas, el fundamento conflictivo del vínculo societario. El conflicto se revela como un elemento tanto del "orden" como del "desorden" social, es un factor de mantenimiento y reproducción de las relaciones y estructuras sociales, así como de sus rupturas y transformaciones.

Resulta interesante en el trabajo del sociólogo Alvaro Camacho, "Notas apresuradas para discutir algunas relaciones entre narcotráfico y cultura en Colombia", la descripción que hace de las personalidades proyectadas por los narcotraficantes. Estos buscan resaltar su acomodo a la normatividad sociocultural imperante y a los patrones de ascenso social, a pesar de que de hecho, en razón de su actividad, se caracterizan por el recurso a la violencia. En su afán por ser asimilados e integrarse socialmente, tratan de desdibujar su identidad; en sentido contrario, el rechazo a esas tentativas de integración condujo a algunos de ellos a afirmar la identidad que buscaban desdibujar.

Los trabajos del historiador Fernán González, "Espacio público y violencias privadas", y de María Victoria Uribe, "Pormenores acerca de la guerra en el Occidente de Boyacá", ponen un acento particular en la tesis de que las violencias actuales constituyen una usurpación del espacio público.

Para González todas las violencias tienen un sentido político, puesto que suponen una concepción del poder y constituyen de hecho una cierta forma de ejercicio de éste, que implica una contraposición y no aceptación del Estado como espacio público adecuado para el trámite de los conflictos. En el incompleto proceso de formación de nuestro Estado nacional, instituciones como la iglesia y el bipartidismo proporcionaron referentes de identidad colectiva, que fueron eficaces factores de cohesión social en el pasado, pero contribuyeron a impedir la diferenciación entre lo público y lo privado, y dificultaron la formación de instituciones modernas a través de las cuales se pudieran regular y expresar los conflictos. La conflictualidad emergente del proceso de modernización de las estructuras sociales y económicas, y el surgimiento de nuevos actores sociales y políticos, superó los marcos institucionales de manejo de los conflictos, al tiempo que se afectaron los elementos de cohesión interna que operaban en las sociedades locales. Estos desfases y desajustes, privaron a la sociedad de la posibilidad de legitimar los conflictos, allanaron el camino para una creciente criminalización de estos, al paso que propiciaron la emergencia de las opciones violentas.

Tomando las relaciones entre lo público y lo privado a nivel local como uno de los ejes analíticos, María Victoria Uribe estudia el conflicto en la zona esmeraldífera. En esta zona las facciones en las que se dividen los esmeralderos, son grupos conflictivos que subordinan el bien público local a sus intereses particulares. Según la autora, ello es posible dada la precariedad del Estado, entendida en parte como ausencia del espacio de lo público local y regional y de un sistema de justicia estatal. En estas condiciones emergen organizaciones de particulares que asumen funciones del Estado, subordinadas desde luego a sus intereses particulares.

Espacios delimitados por la confrontación armada como forma de desarrollo de los conflictos, se convirtieron en escenarios en los cuales surgieron

nuevos actores y se definieron regiones, como lo analiza Clara Inés García en su ponencia sobre "Región, conflicto y movimiento social" a propósito del Bajo Cauca antioqueño. Esta zona adquirió progresivamente su configuración regional "a partir del momento en que los actores sociales irrumpen en la escena confrontando sus fuerzas tras el logro de intereses específicos e imprimiéndoles con ello significado y contornos más precisos al espacio sobre el cual viven, se relacionan y luchan". La configuración regional aparece como el resultado de la delimitación de un espacio de conflictos, de la consolidación de referentes comunes espaciales, sociales y políticos, así como su articulación conflictiva con la nación.

En "Urabá: de región de frontera a región de conflicto", Claudia Steiner, presenta una visión de conjunto del proceso que hizo de Urabá un espacio externo adecuado para la colonización por parte de los antioqueños. Estos "entraron" a la región portando el "orden" representado en la empresa modernizadora de los procesos de producción. A ese espacio "exterior" al control del Estado, también "entró" la guerrilla para implantar, por la vía autoritaria de las armas, su "orden". Estos "órdenes" particulares, sumado al de los gamonales, constituyen, según Steiner, el punto en el que se relacionan la frontera interna y la ausencia del Estado, frontera que define a Urabá como región de conflicto. "El conflicto como expresión de desorden, se convirtió entonces en los últimos años en la justificación de los actos de violencia de cualquier grupo, incluidos aquellos que representando al Estado, consideraran como necesarios para establecer su poder".

Procesos de conformación de identidades colectivas, a partir de las cuales se establecen relaciones conflictivas entre las comunidades étnicas, políticas, etc.; inexistencia de un espacio público que haga posible la legitimación del conflicto y su trámite pacífico; diversidad regional que destaca las especificidades y la necesidad de un Estado en el que tenga cabida la diversidad reduciendo los trata-

mientos discriminatorios y excluyentes, son algunos de los elementos que las investigaciones sobre conflicto social y violencia destacan. Conflicto y violencia son desatanizados y reconocidos como elementos del orden social.

Como se deduce de la mirada de conjunto sobre estos trabajos, en la empresa de ampliar y consolidar la democracia en Colombia, un reto fundamental es el de cómo configurar, mediante la acción colectiva, un espacio de lo público y del Estado que permita el desarrollo de los conflictos, inhiba sus

expresiones violentas y posibilite la convivencia en la diversidad y el pluralismo.

Jaime Zuluaga Nieto, economista, profesor del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales.
